



PREGÓN UNIVERSITARIO de la SEMANA SANTA de SEVILLA, 2023

Ricardo Mena-Bernal Peña

¡SEÑOR MÍO Y DIOS MÍO!

Tú nos dijiste: “El que quiera ser primero entre vosotros, que sea vuestro servidor”; y convencido de estas palabras, estoy aquí hoy Señor, tras este atril, porque TÚ lo has querido así, dispuesto a proclamar con mi temblorosa voz La Verdad que tan generosamente nos has revelado, dispuesto a ser instrumento tuyo entre los jóvenes de esta Sevilla, dispuesto Señor, ¡a SERVIRTE a TI!

En Tu infinita sabiduría, habías establecido Señor, que, en este año en que se cumplen 50 primaveras desde que, por primera vez, se anunciara Tu Pasión desde los labios de un universitario, fuera yo, nieto del entonces Hermano Mayor de nuestra Hermandad de Los Estudiantes, quien pregonara a los universitarios la Semana Santa de Sevilla, Tu SEMANA GRANDE.

Y yo Señor, indigno pregonero tuyo, con el corazón en mis manos, con la sequedad de mi boca y la sencillez de mis palabras, no puedo más que darte gracias. Gracias Señor por tantos dones que me das día tras día sin yo ser consciente de ellos muchas veces. Gracias por mis padres, buenas personas que desde niño han esculpido mi carácter para estar hoy aquí frente a Ti y saber que Tú eres el principio y el final; mis hermanos, ángeles que has enviado a mi lado para aprender de Ti a través de ellos; mis abuelos, maestros que aleccionan con el ejemplo en la asignatura más dura y más bonita de todas: la vida.

Y Gracias Dios mío, por la Fe, el más grande y más excelso de los regalos que el hombre ha conocido jamás. Bendición a través de la cual te das a todo aquel dispuesto a aceptarla porque Tú no entiendes de imposiciones ni mandatos, y nos das a cada uno la libertad, para voluntariamente elegir seguirte.

Y yo Señor, ¡TE QUIERO SEGUIR! Quiero ser discípulo tuyo sin ataduras, instrumento del que te valgas para llegar a más personas. Enciende mi alma como una estrella rutilante, que ilumine el camino de aquellos, sumidos en la desesperanza, a través de Tu Vida y de Tu Palabra. Dame la lucidez Señor, para poder transmitir, sin balbucear, el mensaje que me has preparado. Disipa en mí el miedo y la ignorancia para que mi voz, sea hoy Tu Voz y sea capaz de contagiar a los demás el Amor y la Verdad que brotan de TI.

Pero antes, quiero acordarme de aquellos que no tienen la suerte que tengo yo. AQUELLOS que no tienen Amor en sus vidas, AQUELLOS que viven en la desesperanza. ESOS que al oler el incienso de los pasos o adivinar las notas de una marcha procesional se quedan en la superficialidad sin ahondar en el verdadero sentido, esos que entre la multitud que se agolpa en las calles de nuestra ciudad en sus días grandes sienten el tacto de Tus Manos, pero las desprecian por buscar sus vanidades y ambiciones personales. Ayúdanos, Señor a ver más allá, a inundarnos de Tu Gracia para alcanzar la Esperanza que cada año nos entregas en una nueva Semana Santa. Enséñanos a sobrellevar la Angustia de nuestra Cruz para encontrarte día a día en cada pequeño detalle, en cada esquina de esta ciudad, que anhela año tras año que vuelvas a montarte en tu BORRIQUITA entre un mar blanco de risas y alegría para acabar clavado a un triste y sombrío madero que se convertirá, al cabo de tres días, en la más dulce y más serena Cátedra universitaria y Universal.

Esta ciudad, que maneja de forma diferente el calendario, pues en éste, su principio y su final es siempre Tu Pasión Redentora y todos los cofrades sevillanos cuentan celosamente los días que faltan hasta que vuelva a florecer el azahar, medidor que indica una nueva Semana Santa.

Esta ciudad, que durante siete días y sus siete noches, se convierte en Jerusalén para ser testigo de la salvación del hombre por el Mesías, pues en cada calle derramas Tu Sangre que es bebida de vida eterna.

Esta ciudad, tierra mariana que busca encontrar el Rostro de Tu Bendita Madre, para alcanzar a secarle las lágrimas y así aliviar su Angustia y su Amargura. Pues aquí en Sevilla, la Santísima Virgen María siempre es puerto, timón y guía, faro de Esperanza que ilumina nuestros corazones esperando ardientemente la buena nueva de Tu Resurrección.

*Y es esta ciudad Señor
la que cada primavera
busca impaciente Tu estela
para llenarse de Amor.
Ciudad de inmenso fervor
de la que eres Medicina,
y al sentir por cada esquina
tanta Fe el Hijo del Hombre
le puso a Sevilla el nombre
como una Gracia divina.*

El alfa y la omega, el principio y el final. Eso es Dios en nuestras vidas, y no se nos debe olvidar. Por eso, mi Semana Santa siempre empieza y acaba entre las paredes de la Capilla Universitaria. Allí, a la luz de las llamas de unos hachones, se descubre imponente un hombre, sencillo, que esconde el misterio más grande que jamás la humanidad ha conocido. Este hombre, quien antes fuera un niño envuelto en pañales recostado en un pesebre, ahora, descansa en una cruz apenas cubierto por un sudario. Está clavado ahí como escarmiento, o eso dicen. Pero vosotros y yo sabemos que cuelga de ese madero por una razón mucho más noble. Ante esa entrañable estampa, este pregonero, no puede más que arrodillarse frente a Su grandeza.

Pero, como en algún momento de nuestras vidas, las sombras se apoderan del momento, y ese Cristo que antes veíamos dormido en la Cruz, dulce y sereno, puede volverse una imagen desalentadora y angustiada. ¿Está verdaderamente muerto?

En el fondo sé que no, en el fondo sé que solo está dormido, pero esas llamas de la Capilla, a veces, no alumbran tanto, y no logramos alcanzar a ver la realidad imperturbable que se presenta delante de nuestros ojos.

Por ello, despeja mi mente Señor de las dudas, libera mi alma, y recuérdame que estar clavado en esa Cruz es signo de Esperanza.

Y estando delante de ti colgando del madero, quiero volver a unos días antes, a revivir los días en los que esta ciudad será Jerusalén, y ese crucificado caminaba entre vítores y alegría.

Es DOMINGO DE RAMOS. El sol brilla en lo alto y mi corazón vuela con la misma ilusión que la de un niño que vive su primera Semana Santa. Nuestro Salvador, está a punto de entrar en nuestra ciudad para acabar dando la vida por nosotros. Pero ahora todo es emoción. Salgo presuroso a la calle a encontrarme cara a cara con Él.

Para encontrarlo, sigo el clamor de los sevillanos cuyas almas anhelan fervientemente LA PAZ que les inunda al ver Su Cara. Sevillanos que esperan el momento en el que Tú Señor decides bajar a esta tierra despojándote de tus escoltas angelicales para armarte de Misericordia, Humildad y Esperanza. Esta Sagrada Entrada que Dios nos regala es una nueva oportunidad para renegar del pecado inherente a nuestra condición impura, oportunidad para aceptar el Socorro que nos ofrece Su Venida.

Tras unos instantes recorriendo las calles en Su busca, acabo a los pies de una rampa, en cuyo inicio, rodeado de pequeños capirotos blancos, aparece Él, la Salvación del mundo.

Los que ignoran la Verdad, esperarían encontrar una entrada majestuosa, recargada de todo tipo de excentricidades. Pero Dios no es así. Él se hace pequeño, se abaja a nuestra condición pobre para enseñarnos el camino.

De esa forma, desciende la rampa montado en una BORRIQUITA, dejándose ver por todo aquel que quiera hacerlo. Jesucristo avanza con paso decidido, largo y reposado, comandando legiones de pequeños angelitos que quizá sea la primera vez que realizan Estación de Penitencia. Ellos nos tienen que recordar cómo debemos vivir la Fe y la Semana Santa, con la misma ilusión que el primer día, como si cada vez que fuese Domingo de Ramos, nuestro espíritu rejuveneciese hasta ser como niños.

Es un acto de AMOR sin parangón que el Señor nos regala cada calendario, de bajar de las alturas para entrar en nuestra ciudad y nuestros corazones. Es un acto de AMOR sin igual que el Señor nos crea merecedores de poder acompañarlo por las calles de nuestra ciudad mostrando al mundo que queremos ser discípulos suyos y seguirlo allá donde nos mande. Es un acto de AMOR extraordinario cuando el Señor baja esa rampa de madera para caminar entre nosotros y enseñarnos una vez más el porqué de todo aquello.

Quiero Señor, que mi alma sea blanca como la túnica de esos infantes, vivir cada día con la alegría que sienten los cofrades de Sevilla un Domingo de Ramos en el que impacientes, esperamos tu VICTORIA sobre el letargo y el olvido en el que muchas veces caemos por nuestra condición humana. Recibirte entre palmas y ovaciones cada vez que Tú quieras entrar en mí y ser como un niño para estar cerca de Ti. De esa forma vivamos cada nueva Semana Santa sabiendo el verdadero sentido de esta, ¡que Dios bajó a esta tierra para morir y entregarnos el cáliz de vida eterna!

Ha llegado la hora. El revuelo que rodeaba al Señor por las calles hispalenses, está ya más calmado. En esta aparente tranquilidad, Jesús reúne a sus más allegados, en la Iglesia de los Terceros, con la intimidad de una CENA de amigos. Ha dispuesto que sea allí donde se hará realidad el mayor sueño que uno podría soñar. Dios se hará comida y bebida de salvación para todos los que quieran seguirlo.

Su cuerpo, que acabará siendo maltratado, se hace ahora pan de vida eterna. Su sangre, su preciosísima sangre, esa que los hombres derramarán más tarde sin saber lo que hacen, se convierte ahora en cáliz para librarnos de nuestro pecado. He aquí el sacramento de la Eucaristía.

Al divisar la Iglesia, se llena mi cuerpo de emoción. Pues allí, siendo yo más pequeño, casi sin terminar de entender el verdadero sentido de lo que iba a suceder, nuestro Señor, me miró y me dijo: “Ardientemente he deseado estar en ti, y ahora, estás preparado para recibirme”. Y yo Señor, quise abrazarte con mi alma y sentirme lleno de Tu Gracia. Yo sé Señor, que no merezco que Tú te hagas presente en el pan y el vino. Por eso gracias te digo, porque aun sabiendo que somos indignos de Ti, sigues semana tras semana bajando a nuestros corazones, en la Eucaristía, para darnos el empuje que necesitamos, porque sin TI Señor no podemos nada, sin Ti Señor no somos más que tinajas de barro vacías, sin Ti Señor, sin Tu Cuerpo ni Tu Sangre, nuestra Semana Santa carecería de sentido.

Ya se abren las puertas del templo y tras la Cruz de Guía, signo universal que refleja la fuerza de Cristo, se logra divisar el paso de la Sagrada Cena. Y esta reunión, antes íntima y acogedora, se hace pública ante nosotros. Porque ¿cómo iba Dios a guardarnos de vivir semejante milagro? ¿Cómo iba Jesucristo a privarnos de ser partícipes de tan magnífica escena donde Dios nos da su cuerpo y su sangre? Al contrario, Dios quiere que seamos cristianos comprometidos como me instruyó Federico, mi predecesor, que vivamos nuestra Fe no solo entre nosotros, sino a salir de nosotros mismos, a llevarlo a los demás allá dónde nos requiera. Por eso sale a la calle, para pregonar al mundo entero que Sevilla y su Semana Santa son vínculo explícito e impertérrito entre Dios y los hombres.

Pero el Señor no fuerza a nadie a elegirlo a ÉL. Nos deja libertad. Por eso no le gusta que nos quedemos solo en lo espectacular de sus pasos y se nos olvide el verdadero significado de la Semana Santa.

ÉL se hace presente en el pan y el vino, por nosotros, para llegar al SUBTERRÁNEO de nuestra conciencia y habitarla por siempre.

No necesita gritar a voces que es Dios porque, el que quiera darse cuenta lo sabrá. No necesita imponerte su condición de vida porque si lo deseas, lo amarás porque en Sevilla sabemos, que la brisa dulce de primavera es su aliento que otro año más nos susurra:

- “Esto es MI CUERPO, comedlo. Porque si lo hacéis, tendréis parte conmigo en el Reino de los Cielos”
- “Esta es mi Sangre, bebedla. Porque el fruto de la vid, es ahora el agua que sacia vuestra sed.”

Y esas palabras Señor, son la medicina del alma. Por eso:

*Quisiera Señor que fueras fármaco,
medicina magistral en nuestras vidas
y que al darte a los demás en tal medida
curases a los hombres su quebranto.*

*Quisiera Señor que con tus manos
me dices a probar de tu bebida
y con ella se cerraran las heridas,
que abiertas fueron antes por pecado.*

*Quisiera Señor que consagrado
Tu Cuerpo en una magna Eucaristía
siendo al fin el Pan de cada día,
nos haga sal y luz por donde vamos.*

*Y quiero en fin poder escucharlo
de Tus Labios por las calles de Sevilla
Comed y Bebed que esto es mi vida
¡por eso a esta tierra yo he bajado!*

Nunca encontraré las palabras apropiadas para agradecer a mis padres y mis abuelos el inculcarme desde chico nuestra Semana Santa como tesoro que debemos preservar. Por esa razón el Domingo de Ramos siempre ha sido especial para mí desde que mi abuelo Antonio Peña me hiciera hermano de San Roque. Fue en esta Hermandad donde probé por primera vez lo que significa realizar una Estación de Penitencia. Mis recuerdos de esos primeros años, algo nublados ya por el incesante paso del tiempo, aún conmueven mis sentimientos y llenan mi corazón de añoranza. Era yo muy pequeño, pero recuerdo vestir la túnica blanca de monaguillo, con la esclavina verde por acompañar a Nuestra Señora de Gracia y Esperanza.

Yo no acababa de entender por qué había que andar tanto tiempo con el calor que caracteriza nuestra Semana Santa, dando trompicones entre los cúmulos de gente que se arremolinan delante del paso de la Virgen. Pero sé que estaba en paz. Sabía que, de la mano de mi padre, caminando al lado de mi madre y delante de la mirada de esa Niña de San Roque bajo palio, no podía estar en otro lugar mejor.

Por eso mi Domingo de Ramos siempre ha sido especial. Porque tiene olor a familia, tiene olor a amigos de Hermandad, tiene olor a los días grandes de esta ciudad en primavera.

En la mañana de mi Domingo de Ramos, henchido el espíritu de Fe y Esperanza tras una cuaresma provechosa, cojo mi medalla de San Roque y salgo a la calle. Esta última late con un color diferente en este día señalado en el calendario de la ciudad. El cielo viste su azul más claro, el sol fulgura más potente en esta mañana, las aves cantan sus notas más dulces, y el azahar nos anuncia lo que ha de venir. De camino al templo, me cruzo con gentes apresuradas por visitar las Iglesias de las Hermandades, otros con los arreglos de última hora y a veces se deja ver el primer nazareno de la Semana Santa.

Una vez en el templo de Recaredo, qué ilusión inunda los rincones de mi alma al contemplar el rostro juvenil y dulce de Nuestra Señora de Gracia y Esperanza bajo palio y a Nuestro Padre Jesús de las Penas cargando su Cruz y las nuestras.

Ya está todo preparado para que en unas horas las puertas se abran y se realice la Estación de Penitencia que tanto anhelamos de año en año y las gentes de la Hermandad cuentan impacientes los minutos que faltan para ese momento. Pero antes, antes de que la cofradía salga a la calle y la Cruz de Guía marque la dirección a seguir, antes de eso, solo estamos el Señor de las Penas, Su Bendita Madre de Gracia y Esperanza y este pobre pregonero.

Frente al paso del nazareno, me siento pequeño. Pequeño porque sobre mí pesan todas esas veces que soy incapaz de ayudarlo a cargar la Cruz, pequeño porque mis ojos intentan cruzarse con los Suyos sabiéndose indignos de aguantarle la mirada al Dios vivo entre nosotros, pequeño porque mi boca quisiera inventar palabras para expresar mis sentimientos, pero las

que encuentra, no obstante, son burdas y llanas solamente. En tu paso Señor, se te ve cansado, casi como si el peso de la Cruz pudiera contigo. Pero yo sé que no es así, que, aunque te encuentres fatigado, herido o desalentado, sigues luchando contra nuestro pecado, contra nuestras culpas. ¡Qué torpes somos Señor, que aun sabiendo que cargas Tú con nuestros fallos, seguimos acrecentando el diámetro del madero haciéndote a Ti pagar por ello! Y a pesar de todo, a pesar de saber que somos imperfectos, que volveremos a caer en nuestras miserias, Tú Señor de San Roque, con las manos abiertas y el corazón en ellas, abrazas esa sombría cruz con el gesto más suave, queriendo mostrarle a Sevilla que en ese abrazo acoges a cada uno de nosotros sin discriminar, que Tú nos quieres a todos por igual.

Tú cabeza Señor, inclinada hacia abajo por la dureza física que te hacemos padecer cada vez que cargas con nuestras cruces, obliga al cofrade que quiera mirarte a estar cerca de Ti.

Porque amigos universitarios, no se puede vivir lejos del Señor y pretender verlo o escucharlo cuando lo necesitamos. Él siempre va a estar ahí para nosotros, por muchas veces que nosotros le demos la espalda, pero tenemos que poner también de nuestra parte. No basta con decir que somos Cristianos si no vivimos según su ejemplo, no basta con vestirnos la túnica de nuestra hermandad el día de salida pero el resto del año no testimoniar la vida de Cristo y llevársela a los demás. Por eso para poder sentirlo cerca a Él cuando necesitamos que sea nuestro cirineo para cargar la cruz, debemos mantenernos junto a ÉL incluso cuando las sombras no nos permitan verle la cara.

Y en esa cara, si os fijáis bien, podréis ver que sus labios están entreabiertos. Si nos perdemos en vanidades y excentricidades, como si las procesiones sólo fueran eso, un espectáculo, no lograremos alcanzar a escuchar lo que tiene que decirnos. Pero si, por el contrario, en silencio de oración, con el alma limpia nos atrevemos a mirarlo de frente cuando avanza por las calles

de nuestra ciudad con la elegancia que lo caracteriza, podremos escuchar cómo nos susurra, casi de forma imperceptible: “Venid a mi todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Vuestras Penas son mis Penas, vuestro sufrimiento es ahora mi sufrimiento. Por eso estoy aquí, para cargar con aquello que os aflige, Yo soportaré vuestras caídas y os reconfortaré en los momentos difíciles. No desfallezcáis, porque Yo estoy con vosotros todos los días hasta el final de los tiempos. Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón.” El Señor no quiere que nos perdamos en rencillas personales, en ambiciones egoístas por atesorar más que el prójimo, o en buscar la grandeza a través de los bienes materiales, porque su Reino no es de este mundo. Dad testimonio de la Verdad todos los días del año, siendo ejemplo de cristiandad en vuestras familias, en las Hermandades, en la Universidad. Sed siempre cirineo del necesitado porque otras veces seréis vosotros quienes necesitéis de alguien para cargar con vuestro yugo, y el Señor nunca os dará la espalda.

He ahí Señor de las Penas, que, al mirarte desde el suelo, contemplando Tus manos sustentando la Cruz de todos, por la que redimiste al mundo, solo puedo elevarte esta plegaria:

Señor Jesús de San Roque, Dios verdadero hecho hombre,

te pido fuerza para soportar mi Cruz.

Hazme Señor, cirineo de otras personas para ayudarlos en su carga

y acompañarlos en su yugo.

Dame la humildad y el acierto para proclamar Tu buena nueva

y llevarte a los demás.

Abrázame fuerte Señor,

como abrazas Tus Penas

con esas manos serenas

para llenarme de Amor.

Junto al paso del Señor, se encuentra Ella. Sagrario primigenio, que, ataviada con terciopelo bordado, aguarda bajo palio sevillano a seguir los pasos de su Hijo allá donde la lleven. Ella es la razón de nuestra alegría, es la razón de que el Sevillano se levante y se ponga en camino hasta encontrarla refugiada en nuestras Iglesias dispuesta a ser rayo de Esperanza, es la razón por la que todos deberíamos aspirar a parecernos a ella, aunque fuera en la dulzura de su mirada. Ella es en fin y en tal manera, razón de nuestro ser. Desde el primer Domingo de Ramos que realicé Estación de Penitencia, siempre he tenido la suerte de poder acompañar a Nuestra Señora de Gracia y Esperanza, bien de monaguillo cuando más infante, bien de acólito siendo escolta de su paso. Desde ese sitio privilegiado no he podido más que darte gracias Señora mía, por todos los bienes que por tu intercesión, el Señor ha dispuesto que fueran míos. Gracias por poder llamarme hijo tuyo, gracias por permitirme caminar frente a Ti cada Domingo de Ramos y a su vez, gracias por permitirme hacerlo junto a mi hermano.

Que cerca siento Tu caricia cuando al mirar a un lado lo veo a él, mirándote esa cara de Niña, mientras los costaleros te mecen suavemente saliendo del templo con los acordes nacionales. Qué sobrecogimiento en el corazón cuando el primer rayo de sol se atreve a traspasar las bambalinas de Tu palio y rozarte las mejillas. Sin poder aguantar la emoción en mis adentros, me acerco a mi hermano y nos fundimos en un cálido abrazo, señal de que otro año más tendré la suerte de compartir penitencia en su compañía. ¡Qué orgullo más grande siento al verlo delante de la Virgen profesándole su amor y su servicio! Es ahí cuando verdaderamente empieza mi Semana Santa.

Una vez en la calle, qué estampa deja la Virgen de San Roque. Allá por donde pasa todos alaban su belleza juvenil y su elegancia sevillana.

Eres Señora mía, manantial de fuerza, luz de esperanza y abrigo de consuelo. Repartes bendición y gracia allá por donde vas.

Ni las lágrimas de Tu cara son capaces de afearte en lo más mínimo porque los ángeles del cielo tallaron tu rostro bendito con la luz del sol y las estrellas. Si no existieras Tú, Virgen de Gracia y Esperanza “¡sí que no valdría la Pena de morirse!” Porque por TI Señora, mi voz no titubea y mis palabras tienen sentido.

Por Ti se escriben poemas de amor y existe la poesía.

Por Ti las flores del campo se visten de colores para imitar Tu belleza.

Por Ti el nombre de mi madre y de mi hermana, reflejo más puro de Tu Amor.

Por Ti los sevillanos se inclinan de rodillas cuando pasas ante ellos.

Por Ti llora la cera cuando te siente tan cerca mecida al compás del viento.

Por Ti se componen marchas y partituras que sueñan con llegar a tus oídos.

Por Ti esta ciudad se viste de primavera para acogerte en sus entrañas.

Por Ti las bambalinas de tu palio cimbrean contra los varales para llamar Tu atención.

Por Ti se estrecha Caballerizas queriendo sus paredes alcanzar Tu cintura.

Por Ti la noche se cierne presta en el cielo para tenerte de nuevo en el barrio.

Por Ti la palabra hermosura tiene sentido en nuestro vocabulario.

Por Ti el color verde no es de entre todos el más pequeño porque lleva intrínseco el nombre Esperanza.

Por Ti suspiran nuestras almas queriendo llenarse de Tu Gracia.

¡POR TI MADRE MÍA, NUESTRAS PENAS SON LLEVADERAS, PORQUE TU GRACIA NOS LLENA DE ESPERANZA!

Y es que es suficiente con mirarte un momento a los ojos para saber que estás de nuestro lado, que las dificultades son menores si las combates con nosotros, que bajo Tu manto siempre hay hueco para reconfortarnos. Bienaventurados nosotros Señora, por haberte visto caminar por las calles de Sevilla. Eres la Esperanza del hombre desesperanzado, eres la Gracia divina por la que Dios se hace vivo entre nosotros, porque incluso Él, al ver Tu semblante dulce, bello, puro, quiso nacer en Tu vientre y hacerse Hombre entre los Hombres. Eres la mirada de madre cuando nos pesa el corazón por motivos de desconsuelo. Eres Silencio en el alboroto. Eres sentimiento de acogida cuando nos sentimos despreciados. Eres fuente de agua tranquila en el camino de la Amargura. Eres luz y belleza en la tarde del Domingo de Ramos.

Y ante Ti Señora, sin yo merecer tal honor, has querido que otro año te sirva y te escolte en Estación de Penitencia mientras sigues el Via Crucis magno que Tu Hijo realiza socorriendo nuestras Penas.

Y en cada chicotá elegantemente trabajada, te acercas más a los corazones de quienes con mirarte quedan aliviados. Por eso Virgen de Gracia y Esperanza

*Este indigno pregonero
frente a Tu rostro se humilla
queriendo secar Tus mejillas
que unas lágrimas recorrieron.*

*Su sino fue el privilegio
que de Tus benditos ojos
nacieron desde un piropo
mezclándose con un sueño.*

*Quisieron en Tu semblante
quedarse toda la vida
y así lo plasmó el artista
soñando cómo tallarte.*

*Y aunque a Tu rostro se agarren
no afean Tu hermosura
pues lágrimas de ternura
solo hacen que mejorarte*

*Y aunque no afecten Señora
Tu cara de niña bella
yo quiero secar si me dejas
Tus Penas con esta estrofa.*

*Pues quiero que todos vean
Tu cara llena de Gracia
reflejo de la Esperanza
de todo aquel que te reza.*

*Quiero que vean Tus ojos
limpios y claros y abiertos
mirando en cada momento
a Dios Todopoderoso.*

*Nosotros sí que lloramos
bellísima Dolorosa
mientras pasas primorosa
a cada persona auxiliando.*

*Porque con Tu Verde Manto
en tu palio recogida
llora al compás conmovida
la cera en sus candelabros.*

*Y en mí al escuchar tu nombre
llora gozosa mi alma
porque Gracia y Esperanza
eres la luz de San Roque.*

Nuestro Señor, siguiendo con lo que estaba escrito se retira. Acaba en la calle Feria, en una capilla estrecha. Está rodeado de sus apóstoles más fieles y de aquellos sevillanos valientes dispuestos a ofrecerle compañía. Orando en el Huerto, Jesús nos muestra su faceta más humana, incluso pudiendo llegar a dar la sensación de que lo que el Padre le tiene preparado le viene grande. ¿Cómo es posible que siendo Dios se permita sufrir de esta forma?

Tal precio era necesario para hacernos entrar en vereda. Pero es en este momento, que Jesús nos regala la estampa a recordar en nuestras dificultades más hondas. Siendo Dios el padre misericordioso que es ¿cómo nos iba a dejar a nuestra suerte cuando lo pasamos mal? Nos

ofrece a su propio Hijo para hacernos ver que vendrán momentos de pesar y pobreza espiritual. Muchas veces clamaremos al cielo por pasar por encima de esos momentos, sin tener que beber el cáliz amargo que se nos presente. Pero, amigos, velad, velad para no caer en la tentación. Dios no nos enfrenta a cálices que no podamos soportar.

Confiad en Su Voluntad cuando la noche oscura se cierna sobre vuestras cabezas, pues Dios escribe recto con renglones torcidos.

Universitarios, jóvenes que seguís la Verdad, muchas veces os insultarán, os perseguirán, por llamaros cristianos, por hablar de Dios como Rector magnífico de vuestras vidas. Velad. Velad y manteneos fuertes en Su Voluntad. Sed instrumentos de Su Palabra, en las aulas, en los pasillos, en las bibliotecas. Que no puedan dudar de vuestra condición de Hijos de Dios. Y en esos momentos de pesadumbre, alzad la mirada al cielo, y con profunda humildad, confiad en Su Mano que nunca dejará de sosteneros. Sed valientes, como lo fueron aquellos 36 'niños' que en el propio seno de la Universidad, desde la Hermandad universitaria por excelencia, lucharon por llevar a cabo una idea revolucionaria. Muchas veces los tildaron de locos, los apedrearon, pero ellos se mantuvieron firmes en sus creencias, y la historia recordará que esos 36 locos, esos 'niños de los Estudiantes', conformaron la primera cuadrilla, de Hermanos Costaleros, de la Semana Santa de Sevilla, llevando sobre sus costales y sus alpargatas, al Santísimo Cristo de la Buena Muerte, Maestro de maestros, Rector de rectores. ¡UNIVERSITARIOS, ÉL SIEMPRE ESTARÁ ESPERANDO VUESTRA LLEGADA A SU CAPILLA PARA CURAR VUESTRA ANGUSTIA CON SUS BRAZOS ABIERTOS!

La noche, cada vez más cerrada, acompaña al sentimiento triste que va nublando las calles de la ciudad. Mientras voy en busca de adonde se llevan al Señor, algunas personas comentan que en la calle Feria han visto a Pedro negar el conocer al Maestro. ¿Cuántas veces yo también rechazo conocer a Jesús por miedo, por vergüenza o por otros intereses? A veces no nos mostramos como cristianos por las consecuencias que ello puede acarrear en este mundo moderno donde se cree que la religión es algo anticuado, y que lo que monopoliza la sociedad de hoy día es la lógica y la razón.

Sin embargo, esta institución universitaria hispalense y la Hermandad erigida en su seno son ejemplo de que Fe y Razón no son rivales sino compañeros de un mismo viaje donde el principio y el final siempre es Dios.

Se llevan al Señor a San Lorenzo, donde el sumo sacerdote Anás lo interrogará buscando fallas en su actuar. Ante esto Jesús solo responde: “Pregunta a los que me han oído de qué les he hablado.” Y por eso sale a la calle el misterio de Nuestro Padre Jesús ante Anás, pues busca en los sevillanos contestación a sus dudas. Sin embargo, el sumo sacerdote no conoce al pueblo sevillano pues este, solo hace que seguir los pasos del Señor y la Virgen del Dulce Nombre. Viendo el Señor cómo lo quieren aquí, estoy seguro que se le escaparía una sonrisa, y percatándose de ello uno de los guardias del sanedrín le propina una injustificada *bofetá* que resuena por cada esquina por la que pasa el misterio. ¡Qué acto de mansedumbre nos enseñas Señor!

Y por eso el Señor nos regala otra lección magistral, presentad la otra mejilla a aquel que os agravie pues ¿qué mérito hay en amar solo a quien nos ama de vuelta?

Viendo que sus preguntas no hallan las respuestas que desea, Anás entrega a Jesús. Da a parar a San Juan de la Palma. Si antes todo era alboroto, ahora contrasta el silencio vacío donde solo se escucha el rachear de las zapatillas costaleras sobre el frío mármol del templo. Herodes cree que Jesús es una atracción de circo. Solo espera ver ante Él la realización de un milagro. Pero Jesús, solo le brinda su Silencio.

Y aunque estás en Silencio, al verte pasar Señor, no cesas de hablarle a nuestros corazones. Son palabras de perdón, de amor y de ternura. Palabras que se escuchan si se abren los sentidos a la voz de la verdad y acallamos el pecado despreciable.

Y cuando no escuchéis sus palabras, volved la mirada atrás, para encontraros con la Virgen, Señora de la Amargura, que repite con la más honda ternura las palabras que Jesús va pregonando. ¡Cuántas veces, Madre mía, he buscado entre tus ojos, el consuelo a mi aflicción! Tú eres dueña de la tribulación de tus hijos que te buscan en lo magnífico de tu palio, en Tu elegancia de dolorosa sevillana o en el silencio de Tu Hijo. Desde niño, siempre me han enseñado a encontrarte en el fino espacio entre los primeros varales derechos de tu paso, donde nos regalas tu perfil más amargo, pero a la vez más dulce. Es ahí, en ese espacio soñado que cada Semana Santa he imaginado que volvías la cabeza para mirarme con esos ojos llorosos como queriendo invitarme a confesarte mi Amargura.

Y es por ese sueño que tengo, que he de compartir con vosotros una de esas estampas que viven grabadas en mi mente desde la primera vez que se hizo realidad.

Cada Domingo de Ramos, una vez finalizada mi respectiva estación de penitencia en San Roque, mi hermano y yo, salimos prestos del templo de vuelta a casa por el camino más corto.

Durante el trayecto, miramos ansiosos el reloj, calculando si será posible este año o quizá sea tarde. ¿Y a qué se deben estas prisas? Se deben a María Santísima de la Amargura. Ya que con un poco de suerte, de vuelta a casa y al pasar por la plaza, nuestra vista alcanza a ver el Palio de la Virgen justo antes de entrar en su templo. ¡Y qué momento amigos! Ni el agotamiento ni el sueño pueden ya con nosotros porque frente a nuestro ojos, en la oscuridad de la plaza y el silencio de las gentes, alumbra aún más si cabe, la candelería de su paso de Palio que avanza suavemente, con acordes de Amarguras. Llegamos siempre con el tiempo justo: justo para verle la cara y rezarle con dulzura “¡RUEGA POR NOSOTROS MADRE DE LA AMARGURA!”.

Llevado el Señor de vuelta a Pilato, este no encuentra en Él culpa suficiente para ejecutarlo. ¿Qué culpa iba a encontrar? Solo la de amar a los hombres hasta el extremo y entregar la vida por ellos. Pero Pilato, hombre de poca voluntad propia, se deja llevar por el vocerío de los que quieren dar muerte a Jesús. Se lo llevan a la fábrica de tabacos donde, maniatado a una columna, lo flagelan sin piedad desollándole la piel al Cordero.

Y por si no se hubieran reído lo suficiente, lo llevan a Laraña para coronarlo de espinas ante la mirada atenta de su Madre hundida en un Valle de lágrimas. He aquí Cristo Rey: su trono una cruz de madera, su cetro una caña, su corona trenzada de espinas y su Reino, un reino que no es de este mundo ya que está en cada uno de nosotros, en nuestros corazones. Es ahí donde Dios gobierna infundiéndonos su Espíritu para entregarnos a los demás.

“Ecce Homo” “He aquí al hombre”. De esa forma nos presenta Pilato a Jesús sentenciado. No quiere saber sobre este asunto, pero nosotros sí que queremos.

Por eso estamos hoy aquí, por eso esperamos cada Semana Santa a que las Hermandades

saquen sus cruces de guía a las calles. Queremos explicaciones de por qué se condena a un hombre bueno.

Y seguidamente, tras numerosos tramos de nazarenos, ejemplo y testimonio del cuantioso amor y la ferviente devoción que le guarda esta ciudad, aparece la Virgen de Sevilla. La Esperanza Macarena, Señora y Madre de nuestras almas, intercesora de los desesperados, consuelo de los enfermos y Esperanza del Mundo. Virgen Bendita, al verte bajo palio, se encoge mi alma y se estremecen mis sentidos porque Tú eres objetivo inalcanzable al que toda persona quisiera parecerse, aunque fuese en el candor de Tu Rostro. Y yo Señora,

*¿Qué te digo Macarena,
que no te hayan dicho ya,
cuantos vieron con sus ojos
su esperanza en Tu mirar?
¿Qué te digo Macarena?
¿Qué te puedo dedicar?
Si mis palabras son torpes
y yo balbuceo al hablar,
y cuanto quisiera decirte
otros lo hicieron ya
con adjetivos más dulces
y más bellos al sonar.
¿Qué te digo Macarena?*

*Si por Ti la Madrugá
es la noche más perfecta
cuando te sienta al pasar
sonando Tu Himno en el arco,
mientras se oye cantar
a todos los sevillanos
buscándote en la Verdad.
¿Qué te digo Macarena?
¿Qué puedo yo pregonar?
Que como Tú no hay ninguna
y que nunca jamás la habrá.
Y que suerte tienen esos
los que te pueden llevar
soportando tus mecidas
y también tus levantás
sobre esos viejos costales
que se dan en heredad
de padres a hijos y a nietos
por toda la eternidad.
¿Qué te digo Macarena?
¿Con qué se te puede alcanzar
a hacer justicia a esas manos
y ese rostro celestial?
Que viéndolos desde cerca
solo quisiera besar.*

¿Qué te digo Macarena?

¿Qué esperas de mí escuchar?

Si Tú misma puedes verlo

cuando al fin al regresar

se convierte calle Parras

en tu casa de Hermandad

que acoge a todos aquellos

que quieren verte avanzar

bajo un manto de flores

que vuelan a Tu compás.

¿Qué te digo Macarena

que no te hayan dicho ya?

Pues yo te digo Señora

que eres luz y libertad,

eres sol y eres estrella

eres río y eres mar,

y tu nombre Macarena

la Esperanza sin igual.

¡Cuánto necesitamos seguir aprendiendo de Ti, Señor! Pero Él ya lo sabe, y por eso, cuando esa semana señalada en el calendario de los cofrades Sevillanos, Jesús baja a nuestra ciudad a morir por cada uno de nosotros, se pasea por nuestras calles cargando su Cruz y las nuestras, de punta a punta, aunque ello implique un sobreesfuerzo añadido, para recorrer el calvario personal de cada uno. Con ello, nos invita a salir a las periferias del alma, fuera de nuestras

querencias personales para como Él, cargando con nuestro yugo, ser testimonio vivo de su Pasión, Muerte y Resurrección. Porque como bien dijo Carlos García, también pregonero universitario hace años, “*antes que de cofrades, nuestras hermandades lo son de Cristianos y Cristiano no se es solo unos días al año*”. Por eso debemos recordar que nuestra Semana Santa no es un espectáculo vano sin profundidad, sino que es culto público y vivo de nuestra Fe y nuestra devoción a Dios y su Madre.

Cristo caminará entre nosotros, para librarnos de nuestras Penas, porque a través de su Divina Misericordia, se hace Cirineo cuando somos incapaces de cargar solos las Cruz. Porque amigos universitarios, no penséis ni por un momento que Dios pudiera abandonarnos. Podremos fallarnos a nosotros mismo, pero Él jamás se apartará de nuestro lado.

Y en los momentos que os sintáis vencidos por el peso del madero, llegaos a la Basílica de San Lorenzo, donde el Señor de Sevilla, nos espera, para aliviar los kilos que soportamos. No hay pruebas que lo justifiquen, ni estudios de investigación que lo corroboren, pero dónde no llega la tecnología, la razón o la ciencia, siempre llega la Fe. Y esta siempre nos lleva a sus pies. Él siempre aguardará nuestra llegada como padre con el hijo pródigo. Hace más de 400 años que siguen llegando a ti personas de todos lados buscando algo que solo Tú tienes, ¿por qué será?

*Ni aún si el agua de los mares se secura
o dejasen las estrellas de brillar,
seguirías conmoviendo con tu andar
a todo aquel que herido te buscara.*

*Ni aún si el aire en el viento se parara
o los pájaros no hicieran por cantar,
seguiría yendo a verte caminar,
a sentir que no me dejas, que me amas.*

*Porque eres, mi Jesús, imagen viva
envuelto por un halo de grandeza
Señor de nuestra alma y nuestra vida.*

*Y cargando sobre el hombro la madera
avanzando por las calles de Sevilla,
Tu Gran Poder nos da la vida eterna.*

Y sigues avanzando Señor hacia tu destino, a veces con paso firme y decidido, a veces con zancadas torpes y tambaleantes, pero siempre de frente. Y mientras andas junto a nosotros, no puedo evitar pensar en que muchas veces, nos quedamos solo en las tallas y los altares y los pasos, olvidándonos de dónde verdaderamente estás presente: en los sagrarios. ¡En cuántas ocasiones encontramos en las iglesias, gente maravillada por la altura de las estructuras que montamos para dar culto a los titulares y en una esquina, un sagrario solitario, sin nadie acompañando a Dios! Hermanos, recordad que nuestras imágenes son solo un medio para alcanzar la intimidad con Dios, ¡pero que no son Dios! El Señor es espíritu habitando los sagrarios en todo momento esperando nuestra visita. No lo dejemos solo.

Y sigues avanzando Señor por las calles, cayendo a tierra en San Isidoro, y de nuevo por Triana, y mientras lo haces, te pido Señor por la paz en los conflictos armados que están sucediendo en nuestro mundo.

Te pido también que no nos dejes acomodarnos al sedentarismo espiritual, que nos apremies a levantarnos y ponernos en camino para evangelizar a todo el que lo necesite. Te ruego Señor, que tengas al Reino de España en tus pensamientos para iluminar a los que lo dirigen y hacerles ver que su deber está para con el pueblo y deben anteponer el bien de éste antes que el beneficio propio. Acuérdate también, de las personas que no aman la vida que les has regalado, con sus sufrimientos y dolencias, y prefieren recurrir a métodos que les permitan acabar con ella, y ven en la eutanasia una solución a esos problemas sin dar pie a que te manifiestes en ellos, porque incluso cuando todo parece que está perdido, los milagros existen. No te olvides tampoco Señor de esos angelitos, esos que antes de ver este mundo son abortados en el vientre materno por tantas sinrazones en las que nunca se contempla Tu excelsa Mano misericordiosa, y que son producto del egoísmo o la falta de amor. Ayúdanos a ver en la enfermedad una oportunidad para acercarnos más a Ti y a nuestros seres queridos porque, el sufrimiento ofrecido por una causa noble es gesto y símbolo de confianza plena en Dios. Porque cuando toca de cerca hay momentos de confusión, de Angustia, y no comprendemos qué busca el Señor de nosotros en esas situaciones. Pero confiad en Su Voluntad pues esta nunca nos deja a la deriva y siempre se llega a buen puerto de Su lado.

Poneos en manos de la Virgen y aprendamos de su humildad que siendo Reina como es, vivió en la sencillez del trabajo por los demás y el Amor al prójimo. Ella es la intercesora de nuestras Mercedes cuando caemos al suelo tropezados por el pecado. Es a quien acudimos en busca de Salud, Gracia y Amparo porque, siendo hijos suyos, como ciertamente somos en esta Mariana

ciudad de Sevilla, siempre anhelamos encontrar el Refugio de nuestra Madre en los reveses de la vida. Es Señora de las Tristezas y también de los Dolores, Madre de los Desamparados y Caridad del necesitado. Enséñanos, Virgen María, a decir, con voz clara y serena: “Aquí estoy Señor para hacer Tu Voluntad”.

Nosotros los sevillanos, orgullosos defensores de la Inmaculada Concepción de la Virgen, desde bien pequeños, aprendemos que Ella es la mediadora de todas nuestras Gracias y que la forma más fácil de llegar a Dios es a través de Ella.

Mi abuela materna siempre me decía de chico: “El Amor de una Madre es el reflejo más puro del Amor de Dios”, y habiéndolo comprobado en innumerables ocasiones en mi propia casa, ¡habiendo amado a Dios hasta el extremo y Jesús haberlo aprendido de Ella, qué amor nos tiene la Virgen a nosotros que somos también sus Hijos!

Tenemos tanto que aprender de Ella. La Virgen nos puede enseñar humildad, obediencia, confianza plena en Dios, porque, aunque tengamos dudas muchas veces, aprendamos de María que Ella sin entender, confió en el Señor para hacer realidad la Encarnación del Hijo de Dios.

Pero en nuestra condición mísera, querer parecernos a la Virgen debe ser nuestra mayor aspiración. Y de esta manera recémosle a Ella para que nos cubra siempre con su Manto:

¡DIOS TE SALVE Virgen de la Angustia!, Madre de los universitarios que alivias el sufrimiento y reconfortas al Estudiante agobiado que te busca en la penumbra de tu capilla.

¡DIOS TE SALVE María Santísima de la Concepción! Señora del Silencio que en Tu palio de crestería regalas a Sevilla el gozo de verte cada nueva Madrugá.

¡Y TÚ SEÑORA DE LA PRESENTACIÓN! Que acompañas decidida a tu Hijo en El Calvario, sin separarte aunque fuera un momento, no sea que tus ojos no vieran su rostro al buscarte entre la multitud.

¡RUEGA POR NOSOTROS VIRGEN DE LA SOLEDAD! PARA NO CAER EN EL OLVIDO Y SEPARARNOS JAMÁS DE TI.

Siguiendo un paso de palio, doy a parar a Santa Catalina donde, ya clavado a la Cruz, los sayones intentan levantarla para exaltar al Hijo del Hombre. He ahí la Salvación del Mundo, colgando de una cruz. Ya está Dios crucificado en Sevilla.

¡Y qué bellas palabras nos regala Cristo desde su Cruz! Son reflejo de la confianza plena en el Padre, y también de Amor y misericordia por nosotros.

Cuando miremos la Cruz sostenida por Cristo con los brazos abiertos, sintamos Sed, sed de Justicia, sed de llenarnos de su Espíritu y crear un ambiente de Semana Santa todos los días del año demostrando que a Jesús, en esta ciudad, no lo seguimos siete días solamente por lo bien que andan los pasos o lo bonito que suenan las marchas, sino porque su santa cruz es el camino, es la puerta y es el destino para alcanzar la vida eterna.

A la luz de los últimos rayos de sol del Viernes Santo, Jesús, Cachorro de Dios, expira. Parece que todo se vuelve triste, los colores que inundaban nuestra ciudad se tornan grises y apagados, las notas de música cambian a melancólicas al compás de tambores destemplados y las gentes se ven desalentadas y confundidas. Parece que todo ha terminado.

Pero en un rincón de nuestra conciencia, somos incapaces de acreditar tal suceso, que Jesús haya verdaderamente muerto. Esperamos un gesto, que nos indique que no ha acabado todo. Por eso está Dios crucificado en tantas hermandades de Sevilla, para que no se nos escape un ápice de aquello que nos quisiera decir.

Su Buena Muerte, la más bella y más dulce de las que ha habido, por la que estamos hoy aquí presentes es consuelo a todas nuestras Penas, porque es Esperanza de que no caemos en Su olvido, de que cuando esta vida pasajera acabe entraremos en la Vida auténtica.

Por esa cruz, nuestra Semana Santa tiene sentido, porque si no hubiera sido vencida, sacar los pasos a la calle, o vestir la túnica nazarena serían un espectáculo vano, sin la profundidad con la que lo vivimos.

¡BIENAVENTURADOS NOSOTROS SEÑOR! Por haberte visto por nuestras calles cuando, pobre en el espíritu, sufrías en el Huerto de los Olivos por el cáliz amargo que debías soportar. O cuando entrabas en la ciudad donde sabías que una nueva pasión te esperaba, pero fuiste manso como cordero de Dios. Y también bienaventurados cuando lloramos viendo a Tu Madre seguirte sumida en un Valle de Lágrimas.

¡BIENAVENTURADOS NOSOTROS SEÑOR! Que hambrientos y sedientos de Ti realizamos estación de penitencia para traerte a este mundo y que inundes cada rincón de la conciencia. Bienaventurados somos cuando, como el buen ladrón, intentamos alcanzar Tu Mano en busca de misericordia.

O cuando, limpios de corazón, actuamos como el Cirineo con el prójimo siguiendo Tu ejemplo constante.

¡BIENAVENTURADOS NOSOTROS SEÑOR! Cuando insultados, perseguidos o calumniados por esos que no entienden nuestra forma de vivir la Fe y la Semana Santa, seguimos año tras año, echándonos a la calle a rendirte culto público.

¡A DECIR A VIVA VOZ: ESTE ES MI CREDO Y ESTE ES MI DIOS!

Colgando del madero, el cuerpo de Jesús descansa sobre unos clavos, que a veces parecieran incapaces de sostener la grandeza que le es inherente. La ciudad queda oscura, melancólica, apagada. La gente se resguarda en sus casas esperando el milagro. Pero por el momento, unos valientes se atreven a descender a Cristo de la Cruz. Mientras bajan al Señor, este se balancea al son de los pasos de sus costaleros, sin vida.

Al bajar a Cristo, lo esperan los brazos abiertos de su madre queriendo contener el sollozo de su Pena en una Mortaja. ¡Sin dudarle ni un momento, gustoso me hubiera cambiado por Jesús para ahorrarte el dolor que sientes María Santísima de la Piedad! ¡Llorad cofrades, que el Señor pasa ante vosotros sin vida, pero luchando la más fiera batalla contra la Muerte! A la altura de San Andrés, el incesante goteo de sangre que le cae por los brazos a Cristo, hace florecer una rosa. Es síntoma de que, aunque ahora muerto, todo está por empezar. Cristo es vida en sí mismo, y todo lo que viene de Él es siempre para mejor. Él es la primavera del mundo, pues a su paso florece la alegría y el amor, el cariño y la generosidad.

Termina su recorrido en la calle San Luis, donde le espera la Aurora ansiosa para ser partícipe de la promesa que antaño se hiciera a la creación. EL SEÑOR, EL MESÍAS HA RESUCITADO. Libre ya de ataduras, viene a confiarnos el secreto de la Vida eterna: “Amaos los unos a los otros.”

Vuelve la alegría a la ciudad, las cornetas suenan vivas de nuevo y los tambores recuperan su sonar. El azahar de nuevo inunda el corazón y el cielo se dibuja más azul. El Resucitado, viene para quedarse todos los días, hasta que de nuevo en primavera, la flor del naranjo vuelva a anunciar en Cuaresma que volverá la Semana Santa en el preciso momento que más la necesitamos. Pero hagamos de la Semana Santa una forma de vivir, todos los días de nuestra vida. Cristo está vivo, Él nos ama y viene a salvarnos. A decirnos que en el mundo que nos rodea Razón y Fe son hermanas que, de la mano, una sujeta a la otra cuando tropieza en el camino. Que ambas son llave para acercarnos a Cristo y de tal forma, amigos universitarios, seamos luz y sal en la Universidad para llevar la Verdad por todas las aulas.

*Cristo ha Resucitado.
Viene a sanar tu dolor
entregándote su Amor
limpiando así tu pecado.
Viene a quedarse a tu lado
por siempre todos los días.
Y al ver una Cruz de Guía
de nuevo en Semana Santa,
la luz que todo lo alcanza,
será la Luz de la Vida.*

Sé que Dios está vivo, y que el paso del Resucitado anda por las calles siguiéndole la Aurora de cerca para besarle los pies. Pero entre el murmullo y la agitación por el milagro acontecido, quiero regresar a mi capilla, donde empezó todo, volver a ese Cristo durmiente que parece

que aún está muerto, pero la dulzura con la que cuelga de los clavos nos revela la Verdad. Ese Cristo que a través de sus ojos entrecerrados nos ve pasar por la vida y espera con ansia que abramos la puerta y pasemos al interior de su casa universitaria para brindarle compañía. Ese Hombre sencillo, el Santísimo Cristo de la Buena Muerte, que desde hace casi 100 años, es titular de la Hermandad de Los Estudiantes, de la que soy orgulloso hermano. Casi un siglo desde que alumnos y profesores le rindan culto y lo veneren sabedores de la Lección Insuperable de amor que enseña desde la Cátedra cruciforme.

Es esta Hermandad, formada en el seno de la institución universitaria la que es ejemplo de que ciencia y fe se complementan. Aquí aprendí desde niño que las Hermandades son vías para vivir nuestras creencias arropados por hermanos que siguen el mismo camino y que fortalecen el vínculo con Dios y su Madre a través de nuestras imágenes. Aprendí que por pequeña que sea la capilla del Rectorado, siempre hay hueco para uno más que quiera unirse y servir; que nos toca a cada uno de nosotros el perpetuar las tradiciones que desde hace décadas se instauraron y algunos quieren erradicar. También aquí aprendí que la familia es más grande de lo que uno piensa y que la palabra hermano es vínculo fraterno indisoluble porque Dios lo ha querido así.

En esta casa encontré un grupo de jóvenes que decirles solo de amigos sería inadecuado por el profundo respeto y cariño que les tengo.

Ellos me impulsaron a descubrir nuevos límites en los que vivir la Fe que compartimos y la devoción al Cristo y a la Virgen, me acogieron celebrando mis logros como si fueran suyos, y siendo apoyo en el decaimiento. Me siento un privilegiado de compartir todas las horas que echamos en nuestra hermandad, montando magníficos altares de culto o limpiando la plata

reluciente, o cuando se nos necesita en otras tantas actividades en las que el fin es servir a la Hermandad. Y cada vez que nos juntamos para esas ocasiones, no puedo evitar pensar en qué alegría sentirán la Virgen y el Cristo viéndonos a sus pies, “porque donde dos o tres estén reunidos en Su Nombre, allí está Dios en medio de nosotros”. Y convencido de esa creencia, nuestra Madre, la Santísima Virgen de la Angustia, Reina de la Universidad y Señora de los Estudiantes, seguro que alivia un poco su pesar con el consuelo que le brindamos. Pero no solo los jóvenes de la Hermandad, sino todas aquellas personas, universitarios, mayores, médicos, letrados o ingenieros, que, en la oscuridad de la capilla, le cantan a su Pureza y suplican su intercesión.

Siempre nos preguntan ¿qué eres más, del Cristo o de la Virgen? Pero cómo elegir. Ambos gobiernan mi corazón y son faro de mi alma, pero ¿cómo no ser de la Virgen?

¿Cómo no arrodillarme ante su belleza si es quien imagino en lo profundo de mis sueños?
¿Cómo no ser de la Virgen si es a quien me abandono cuando me fallan las fuerzas? Decidme
¿Cómo no ser de la Virgen si al doblar una de las esquinas de la capilla, mi espíritu se sobresalta de alegría al encontrar sus ojos en la calidez de su rostro? Ella es quien sostiene las facultades de la Vida donde se estudia la asignatura más cierta de todas, el Reino de los Cielos. Su Angustia consuela las nuestras porque, más que la suya no las hay, que vio a su Hijo ser castigado por razones donde no las había.

Da igual que la vistan de hebrea o en su saya de salida, porque al ser concebida sin pecado original, en su Rostro Virginal, todo un Dios se recrea.

Por eso, la Angustia se aparta de su mirada, cuando avanza por las calles hispalenses, bajo majestuoso Palio, que mejora aún más si cabe su belleza sevillana. Entonces ¿cómo no iba a ser de la Virgen? Si desde niño, fui monaguillo a su amparo, junto con otros tantos, símbolo insigne de la Hermandad Universitaria. Si siempre me enseñaron que antes de salir de la capilla, uno no puede irse sin haberla saludado a Ella porque, aunque yo me olvidara, Ella nunca lo hace.

¿Cómo no ser de la Virgen? Si Ella quiso que ya más mayor, tuviera la suerte de aprender a ser acólito siguiendo su espléndido manto bordado viendo como derrama con sus manos Gracia para todos los que le imploran. Si fui privilegiado de cogerla por su talle un bendito día de montaje a la luz de la mirada del Cristo ¿cómo no iba a ser de la Virgen? Si estoy hoy aquí frente a vosotros, no miento si digo que fue por la mediación de la Virgen de la Angustia.

Y a veces sueño que, de su altar, bajará con dulzura para decirme: “En el dolor no sufras, ofrécelo, pues la Angustia es el camino a la Buena Muerte”.

Y al despertar, es Martes Santo y mi alma vuela libre sabiendo que se hará realidad el sueño conforme salga el Palio de la Virgen por el portón del rectorado con acordes de Virgen de los Estudiantes, que en mis oídos son acordes celestiales pues me devuelven a ese monaguillo juvenil, de esclavina morada, atónito ante la grandeza del andar de los costaleros que soportan el peso de la Angustia que tiene nuestra Virgen. ¿Cómo no ser de la Virgen? Si a esa Virgen le rezó mi abuelo encontrando en Sus divinos ojos los ojos de su madre, y también le reza mi padre queriendo ser pañuelo para enjugar todas sus lágrimas. ¡SI ELLOS ME LO ENSEÑARON TODO! ¡CÓMO NO SER DE LA VIRGEN!

Que Angustia mi pecho siente

cuando te miro, Señora.

A los pies de la cruz llora

tu semblante tan paciente

Lágrimas quedan pendientes

en tu fina cara de niña

recorriendo tus mejillas

como un río floreciente.

Tus ojos resplandecientes

llenos de amor y dulzura

muestran tu más que segura

decisión firme y valiente.

La de mantenerte siempre,

junto a tu Hijo Jesús

al lado de esa tu Cruz

a la que eterna Angustia debes.

Tengo la suerte de pertenecer a la hermandad desde que nací porque así es costumbre en mi familia. Y ello todo se lo debo a Dios, a Dios y a mis antecesores que tuvieron tal gentileza. Por eso vais a permitirme que ahora hable con el corazón en las manos expresando lo que siento por dos hombres que son referentes y modelos para mí, imagen que refleja un espejo

al que miro cada día y que, en un futuro, si está de Dios, poder parecerme aunque fuera en la expresión de su mirada. A ambos les debo el estar hoy aquí y ser como soy, pues no solo me dieron el nombre, también me dieron creencias, valores, el discernir lo que es bueno de lo que no y ser siempre serviciales con el que está a tu lado. A uno de ellos, le debo el estar detrás de este atril, pues hace 50 años apostó por los universitarios para expresar cómo sentían la Semana Santa. Ricardo Mena-Bernal Romero, mi abuelo, quien fuera Hermano Mayor de nuestra Hermandad de los Estudiantes, y que, con su junta de gobierno, instituyó el acto que hoy aquí nos reúne.

No hay día Señor, que no lo recuerde cada vez que te miro clavado en la Capilla Universitaria, y que un Martes Santo, día marcado en su calendario, quisiste cogerlo de la mano y hacer estación de penitencia al Reino de los Cielos, donde estoy seguro que, soltándote de los clavos que te sujetan, lo abrazaste suavemente mientras le explicabas lo que significa la Buena Muerte. Estoy seguro, que hoy, desde el cielo, en compañía de su hija mayor, junto a su Virgen, libre de Angustia, escuchan orgullosos las palabras que torpemente salen de mi boca.

El otro hombre es mi padre. Gracias Señor por haberme hecho hijo suyo pues a través de él puedo entender mejor cómo nos quieres Tú a nosotros. Todo lo que sé, todo cuanto soy, todo aquello que logre en mi vida, es, ha sido y será gracias a lo que él me enseñó desde que puedo recordar. Me enseñó que nada es nuestro que no nos haya regalado el Señor; que debemos anteponer al prójimo frente a nuestro beneficio porque así nos lo enseñó Cristo y que vana sería nuestra vida si no lo imitáramos a Él.

Me enseñó a disfrutar de los pequeños detalles, como el tintineo de las bambalinas cuando chocan con los varales, o a disfrutar del Cristo en su paso, pero también en las sombras de su capilla, a saber que cuando llevamos la medalla al cuello dejamos de ser nombres y pasamos a ser hermanos de algo mucho más grande que nosotros mismos y como tal debemos actuar. Me enseñó que en la Angustia y el sufrimiento de cada día buscáramos a Dios en nuestro interior porque siempre está ahí y no se separa jamás. Me enseñó también el privilegio que es poder compartir la hermandad con mis hermanos y familiares porque juntos siempre se llega más lejos. Él es el faro que busca la nave de mi vida.

Y gracias a ellos, siempre he disfrutado la vida de hermandad como regalo de Dios que tengo la suerte de vivir. Recuerdo las funciones principales, las altas horas de la noche levantando altares en honor a nuestros titulares con amigos, los ensayos de acólitos y la primera vez que actué como tal en un triduo a nuestra Santísima Virgen.

Pero por encima de todos esos momentos, mi Martes Santo siempre ha copado las altas posiciones del escalafón. Es así porque en él vuelvo a ser el niño que salía de monaguillo frente al palio y corre la ilusión y el gozo en mi interior sabiendo que tal día es una exaltación pública de que Dios es nuestra Luz y nuestra salvación. Y así nos lo recuerda la misa de comunión general, donde recordamos que formar parte de la Hermandad nos vincula para toda la eternidad ya que, cuando en buena hora el Señor nos llame a partir de esta vida y renacer a Su lado, seguirán las generaciones futuras rezando por nuestras almas como gesto de amor y respeto. Mi Martes Santo, es a su vez día de familia porque la casa de mi abuela se convierte en casa de hermandad donde cada nuevo año, aun en mis adentros me parece escuchar el sonido de la voz de mi abuelo diciéndome “Tocayo” al entrar. Y recuerdo la primera vez que vestí el negro ruan y sentía que la estación de penitencia ya no era una fiesta

de alegría llana, sino también de Fe y creencia donde nos cubrimos con el antifaz igualándonos todos pues para Dios todos somos hijos suyos.

Y no os mentiré si os digo que echo de menos el abrazo con mi abuelo diciéndome “Buena estación de Penitencia” antes de salir para el rectorado donde sentía que, de una generación a otra, se iban pasando el relevo de continuar la tarea que iniciaron los hermanos fundadores.

De vuelta a la capilla, este pregonero inicia sus últimas palabras frente al Santísimo Cristo de la Buena Muerte. Ese que, al principio, bajo la tenue luz de los hachones, se descubría como un hombre sencillo que vino a salvarnos de nosotros mismos. Pero ahora, aunque la luz es la misma, el Cristo brilla más. Más porque sus brazos abiertos nos aleccionan en el amor de un abrazo que no alcanza a darnos porque está clavado al madero. Su cabeza inclinada con los ojos cerrados y la boca entreabierto nos hablan de que no está muerto sino vivo, en el sagrario, en nuestro corazón, en la Cruz donde descansa hasta que lo veamos en su forma gloriosa.

Él es la más bella imagen del Señor que nos ama pues en lo grotesco de su Pasión y Crucifixión, incluso con el costado traspasado por una lanza, las manos y los pies yertos adornados con la sangre de su cuerpo, es la más dulce y más serena representación de la Buena Muerte de Cristo. Da vida a todo a su alrededor. Los claveles a sus pies, no se marchitan pues se empapan con la sangre que derrama el Cordero de Dios. Está muerto, pero ¿en verdad lo está? Cómo impone cuando te acercas a mirarlo desde el suelo, y sabes que, a través de esos párpados caídos, Él te mira y sabe todo lo que tienes que contarle. Ha venido para quedarse, para morir en la capilla, en el Rectorado, para todos los Estudiantes, y hablarnos de Amor siempre. ¡Qué grande eres Señor, que desde Tu cátedra universitaria y universal, eres Medicina para todos los que anhelan encontrarte en la embriaguez de lo excesivo en este

mundo de hoy día! ¡Qué grande eres Señor, que eres la expresión por excelencia de lo que significa morir en Tus brazos!

¡Qué grande eres Señor, que quisiste darnos la insuperable lección de que sin Ti no podemos nada!

¿Por qué es buena tu Muerte?

¿Por qué dulce y serena?

Si en esa triste madera

yaces frío, solo e inerte.

¿Por qué es Buena tu Muerte?

¿Por qué tan letal condena

si eres luz en las tinieblas

y sanas solo con verte?

¿Por qué es Buena tu Muerte?

Si la sangre de tus venas

se derrama en las aceras

cuando pasas imponente.

Yo no soy digno de que Tú,

dormido dulcemente en la capilla

Maestro de maestros en Sevilla,

murieras clavado en esa Cruz.

Tus nos hablas de Esperanza

*cada vez que te miramos
porque fuiste condenado
por amar con la Palabra.*

*Y vengo a ti desde el día
que de niño en esa cruz
me enseñaras que eres Luz
que todos mis pasos guía.*

*Y pregunta el pregonero
valiéndose de su suerte
¿por qué es tan buena tu Muerte
Si eres amor verdadero?*

*Y siento una voz calmada
susurrándome en el templo,
quebrando a su vez el silencio,
decirme estas palabras:*

*Camino, verdad y vida,
eso es lo que Yo Soy
y todo a su vez te doy
en la más amplia medida.*

*Por eso es Buena tu Muerte
Cristo de los Estudiantes
pues solo con ver tu semblante
sé que me basta el quererte.*

Muchas Gracias.

2023

